

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTOS

VOL. IV

MADRID, 3 DE OCTUBRE DE 1909

NÚMERO 92



## EL ÚLTIMO SALUDO

Pobre cabo Pérez. Cada vez que me acuerdo de aquel hombre que bajo su rudeza ocultaba tan gran corazón, no puedo menos de consagrar una lágrima al héroe anónimo de la cuarta del primero.

Cuando ingresó en filas parecía en estado próximo á la imbecilidad. Aquel suceso, que por lo general entristece á los que se ven sepa-

Ayuntamiento de Madrid

rados de sus familias para pagar el tributo de sangre debido á la patria, no le produjo ni alegría ni tristeza. Si le hubieran mandado ser zapatero, hubiera empuñado la lezna; le ordenaron ser soldado y cargó con el fusil. Su llegada al cuartel fué motivo de regocijo para los soldados viejos y de desesperación para el oficial encargado de enseñarle el ejercicio.

A los pocos días se presentó al sargento de su compañía, diciendo con aire compungido:

—Mi primero, la mía marmita me la han quitó.

Un soberbio bofetón fué la única respuesta, y desde entonces no volvió á quejarse de nada.

Llegó el día del juramento de la bandera, y aquel acto le impresionó profundamente; ante el trapo rojo y gualda, ante aquella gloriosa enseña agujereada que encarna la idea de la madre patria, su espíritu se sobrecogió, sintió dentro de sí algo que no pudo explicarse, y desde entonces siempre que veía pasar por delante de las filas la bandera victoriosa en cien combates, y á todos, generales y soldados presentar armas y saludarla con respeto, su rostro radiaba de alegría y su corazón latía apresuradamente.

Se declaró la guerra y nuestro regimiento fué de los primeros en entrar en fuego. Pérez mereció que su nombre figurase varias veces en la orden del día, y pronto ganó los rojos galones que ostentaba en las mangas y la cruz de San Fernando que lucía en el pecho.

Una sola ambición era la suya: llegar á oficial y ser abanderado, ir con la bandera al sitio de mayor peligro, defenderla con su cuerpo y luego presentarla victoriosa ante las filas.

Estábamos acampados cerca de Hernani. El enemigo, situado en una altura frente á nosotros, nos hostilizaba incesantemente con sus fuegos ocasionándonos numerosas bajas.

Por fin llegó la orden de levantar el campo y desalojar al enemigo de sus posiciones.

Gran emoción nos produjo la noticia. Aun para los avezados á los azares de la guerra, siempre son angustiosos los momentos que preceden al combate; mil recuerdos acuden á la mente y, sobre todos, el de aquella que nos llevó en su seno, que, cariñosa, guió nuestros primeros pasos y que tal vez al siguiente día ya no tuviera hijo. De los labios de los más de soldados brota en tales momentos el nombre de Dios y se recuerdan las oraciones que en la infancia nos hacía recitar nuestra amante madre.

Nos hicimos unos á otros múltiples encargos que habían de cumplir los que sobrevivieran, se escribieron cartas á novias y á parientes y nos preparamos para el combate.

Llegó el momento. Los bagajeros recogieron las tiendas, se formaron los batallones en orden de batalla, las cornetas dieron la señal de ataque, y las descargas de fusilería ensordecieron con su estrépito el espacio.

Pérez, á mi lado, cargaba y descargaba rápidamente su fusil, cuando de repente exclamó:

—¡ Recontra, que nos quitan la bandera!

En efecto, el abanderado, rodeado de enemigos, desapareció á nuestra vista y sólo percibíamos la bandera flotar arrogante de un lado á otro entre la densa humareda que la rodeaba.

Pérez, con la vista fija en ella, se lanzó como un loco entre el enemigo y, abriéndose paso cual si fuera el genio de la guerra y como si las balas resultasen impotentes contra él, le vimos desaparecer entre el humo de los disparos y recibiendo numerosos golpes de sus adversarios.

.....  
Cuando terminada la refriega le encontramos entre un montón de cadáveres, su cuerpo estaba cubierto de heridas; la cruz de San Fernando, agujereada por un balazo, parecía que de aquel modo la habían sujetado en el pecho del valiente, y sólo algunos ligeros estremecimientos demostraban que Pérez existía aún. Por un momento le vimos reanimarse como impulsado por extraña fuerza; al mismo tiempo se oyeron los acordes de la Marcha Real, y á corta distancia nuestra pasó el oficial que llevaba la bandera, una vez más victoriosa.

El cabo Pérez se incorporó con sobrehumano esfuerzo, llevó la mano derecha á la altura de su frente y cayó para no levantarse más.

Era su último saludo.

RICARDO DEL RIVERO



Ayuntamiento de Madrid



## LOS MUSICOS AMBULANTES

ENTREMES INFANTIL ORIGINAL DE CARLOS LUIS DE CUENCA

### PERSONAJES

Rosina, doce años; Eurico, diez; Roberto, catorce, con trajes de campesinos italianos. Cecilia, veinte; Rafael, su marido, treinta; el alcalde, cuarenta; el guarda, cincuenta; una mendiga, sesenta; Celipe, diez y seis; Rufina, quince; mozos del pueblo.

### ACTO UNICO

La escena representa un camino en las cercanías de un pueblo. Algunas piedras donde sentarse. Al fondo, viñas y olivares.

#### ESCENA I

CELIPE y RUFINA, ésta con un cántaro en la cabeza.

RUFINA. Pus ahí tienes: como la borrica se la llevó el Remellao á la feria de Cantalapiedra, pus tengo yo que venir á patita á la fuente podrida.

CELIPE. Anda y consuélate, Rufina, que á mí me pasa dos cuartos de lo mesmo. Tenemos la mula acarreado uva y tengo que dir hasta *Tres Cantos* en el coche de San Francisco. ¿Y pa quién es el agua?

RUFINA. Pa quien ha de ser más que para el vejestorio del tío Antero, que cree que se va á curar con esta agua corrompía, porque se lo ha dicho el médico.

CELIPE. Tú las probao.

RUFINA. Quita day, cochino. ¡Qué he de probar yo esa corrompición, que na más de olerla se le regüelva á una el cuerpo!

CELIPE. Yo tampoco la hi catao, y cuando paso junto al maniantal me apreto así las narices... pero calla...

RUFINA. ¿Qué pasa?

CELIPE. ¡Ja, ja, ja! ¿No los ves? ¡Titiriteros!

RUFINA. ¿Cuálos?

CELIPE. ¡Mialos! Y son chicos... ¡Eh! Venir pa acá, zagales.

RUFINA. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué ridículos!

#### ESCENA II

Dichos, ROSINA, EURICO y ROBERTO; la primera con una pandereta; la segunda con un violín, y el tercero con un acordeón.

CELIPE. Acercarsus, tontos... ¿De ande sois?

ROSINA. De Napoli.

RUFINA. ¿Y ande cae eso?

ROBERTO. Italia, señor caballero.

- RUFINA. ¡ Anda, caballero!  
¡ Ja, ja, ja!
- CELIPE. ¿ Y á qué demonios venís de tan lejos? ¿ Seis titiriteros? Pus hala. ¡ A hacer la gimnasia!
- ROSINA. Somos músicos. (*Enseñando los instrumentos.*)
- RUFINA. ¡ Miala! Esta es la tonta de la pandereta.
- CELIPE. ¡ Y qué lo digas! ¡ Ja, ja, ja...! (*Rien los dos estúpidamente.*)
- EURICO. Se burlan de nosotros... (*A Rosina.*)
- ROSINA. Calla y ten paciencia, que no es la primera vez.
- CELIPE. ¿ Pus qué hacís que no estáis ya tocando? Anda, Rufina, deja el cántaro y vamos á echar una jota. Cuando pasan rábanos...
- RUFINA. Se compran. Venga de ahí. (*Deja el cántaro y se disponen á bailar.*)
- CELIPE. Vamos. ¡ A tocar la jota!
- ROBERTO. La jota no sabemos.
- CELIPE. Atiende. Vaya unos músicos, que ni la jota saben. ¿ Pus qué diablo sabís?
- RUFINA. Otras cosas.
- ROSINA. ¿ Pus hala! Holgazanes. (*Los niños preludian una canción napolitana y Rosina empieza á cantar.*)
- RUFINA. Cualquiera baila eso.
- CELIPE. ¡ Si parece cosa de iglesia!
- RUFINA. Callaisus con esa música ratonera. (*Vuelve á coger su cántaro.*) ¡ Vaya, vaya! Vámonos, Celipe, que nos van á levantar dolor de cabeza.
- CELIPE. Vaya unos musicantes.
- ROSINA. (*Presenta la pandereta á Rufina.*) Una limosna, bella señora...
- RUFINA. Ni señora, ni una perra chica. ¡ Así que es bonita la música pa pagala...!
- ROSINA. (*Presenta la pandereta á Celipe.*) Señor caballero...
- CELIPE. Señor narices. Si no sus vais pronto sus tiro un cantazo, ¡ méndigos!
- RUFINA. A nos... Celipe...
- CELIPE. A nos pa la... (*Se van riendo.*)
- ROBERTO. (*Coge una piedra.*) Si me valiera.
- ROSINA. ¿ Qué vas á hacer? Vamos por todas partes humildemente y nos tratan mal. ¿ Qué sería si les diésemos motivo?
- EURICO. ¿ Por qué nos odiará esta gente?
- ROSINA. Porque son unos brutos...
- ROBERTO. ¡ Que tenga paciencia! Llevo ya gastada tanta, que me queda poca.
- ROSINA. Pues has escogido mal oficio.
- ROBERTO. ¡ Y tan malo! Si yo lo hubiera sabido.
- ROSINA. ¿ Y cuál íbamos á escoger solos en el mundo?
- EURICO. Si os ponéis así y empezáis con lamentaciones me vais á hacer llorar, y yo quiero estar alegre.
- ROBERTO. Si sirviera querer...
- ROSINA. ¡ Ea! vamos. Ya está cerca el pueblo y allí habrá mucha gente. No todos han de ser como estos dos que nos han tratado tan mal.
- ROBERTO. En el pueblo de allá arriba no nos han tratado mejor
- ROSINA. No perdamos la esperanza
- EURICO. ¿ Está cerca? Porque estoy muy cansado.
- ROSINA. Debe de faltar muy poco.
- ROBERTO. (*Se suben á una piedra.*) Sí que está cerca. Desde aquí se ve la torre.
- ROSINA. Siéntate en esta piedra, Eurico, y descansa un poco si estás tan rendido.
- EURICO. Descansaré un poquito si me dejáis
- ROBERTO. ¿ Y si se nos hace tarde?
- ROSINA. (*A Roberto.*) ¿ Y si se nos pone malo?
- ROBERTO. ¡ Ea! descansa un poco si quieres.

### ESCENA III

Dichos y el GUARDA

EURICO. (*Sentándose.*) Tengo un sueño...

ROBERTO. Arriba, Eurico, luego descansarás.

EURICO. (*Sobresaltado.*) ¿ Qué pasa?

*Continuará.*



RELATOS DE CAZA

## ESCRUPULOS DE NOVICIO

Don Mateo Yáñez, oídos los informes de los monteros, se puso al acecho tras unos gigantescos peñascos que le ocultaban perfectamente y esperó á que se presentaran los ciervos en los que abundaba el áspero monte. En otros sitios, tan admirables como el suyo, se escondían sus amigos, listos los ojos y prontas las manos para disparar en cuanto se vislumbrara alguna cosa que á ciervo se pareciera. D. Mateo, nuevo en estas lides, lió un cigarrillo y extendió la vista por el ancho campo. La llanura se perdía á lo lejos cubierta de grises olivos y esmeraldinas viñas que en lujuriente anillo cercaban las blancas viviendas de un mísero pueblecillo; ardía en el alto cielo, límpido y sereno, el padre sol; el aire parecía traer perfumes de lejanos incensarios, y el monte, con sus peñas, abismos, arbustos y retamas, ofrecíase á sus ojos en abruptas ondulaciones.

Iba D. Mateo á admirarse de todo esto cuando percibió á lo lejos un formidable estruendo que se fué acercando. Ya se distinguían voces humanas; ya percibiase el fuerte y penetrante ladrar de las jaurías; ya se veía agitarse el áspero ramaje de los chaparros; ya, en fin, abriéndose repentinamente las hierbas y arbustos, dieron paso á un hermoso ciervo que se detuvo unos instantes como si vacilara. Los

ladridos de los perros le obligaron á reanudar la carrera y entonces los compañeros de D. Mateo lo saludaron con sus disparos. Durante unos momentos vióse al pobre animal vacilar sobre sus finas patas; pero los canes seguían ladrando y, por huir de ellos, hizo un supremo esfuerzo y avanzó hacia donde nuestro héroe se encontraba.

—¡ Ahí va, D. Mateo...! ¡ Ahí va...! —gritaron varias voces.

Este, que apenas había salido de su estupor, echóse la escopeta á la cara y tiró hacia adelante, sin fijarse siquiera en el punto de mira... Ante sus atónitos ojos desfilaron el ciervo, que ya se tambaleaba, y cuatro ó cinco perros que le seguían de cerca. Sin perder momento



corrió tras ellos y, pasados unos instantes, detuviéronse todos en una especie de sombría plazoleta, donde un hilo de agua cantaba saltando sobre unas rocas. El ciervo, vuelto de cara á sus perseguidores, se apoyaba sin fuerzas en el rechoncho tronco de una encina y los perros le rodeaban con sus aulladoras fauces abiertas. D. Mateo, pensando rematarlo, le apuntó á la cabeza; pero, en aquel instante, el mísero animal empezó á temblar, sus dulces y hermosos ojos se empañaron y de ellos se escaparon dos lágrimas...

—¡ Yo no lo mato...! —exclamó D. Mateo conmovido.

—¡ Escrupulos de novicio! —dijeron los demás llegando y riéndose. Y ya iba uno de ellos á darle el golpe de gracia, cuando el ciervo cayó muerto sobre el fresco césped...

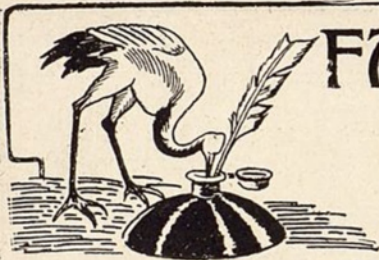
José A. LUENGO.



DEFENSA HEROICA. CUADRO DE ALBERTO LEDRU

El artista ha reproducido en este cuadro un episodio de la eterna lucha entre galos y germanos; un pueblo alsaciano defendido por las tropas de los ataques del enemigo. Pero no es preciso localizar el episodio para

que el cuadro tenga todo el interés que inspiran esos acontecimientos de que está llena la historia universal... ¡Gloriosas páginas que conmueven todos los corazones y sirven también para elevar los espíritus!



# FABULAS ESCOGIDAS

## LA ESCALA

Hambriento un avión, cogió un mosquito,  
que indulto le pidió, por ser chiquito  
y dar poco alimento;  
pero enojado el otro, á fuer de hambriento:  
—No esperes—dijo—que tu voz me ablande;  
muere, que, si eres chico, yo soy grande.  
No bien hizo la muerte el inhumano,  
píllale entre sus uñas un milano;  
temblando el avión, gime y suplica,  
pero el milano, adusto, le replica:  
—No tienes que pensar que yo me ablande:  
muere, que tú eres chico y yo soy grande.  
Vió el águila al milano entretenido  
en devorar al pájaro cogido,  
y, volando veloz, le prende y mata  
por más que ruega y de salvarse trata...  
—No es fácil—murmuró—que yo me ablande:  
muere, que tú eres chico y yo soy grande.  
Fué el águila á volar, pero la bala  
de un diestro cazador le rompe un ala,  
y al revolcarse por el suelo herida:  
—¿Por qué—gritó—me privas de la vida?  
—Porque no hay—dijo el hombre—quien me mande:  
muere, pues eres chica y yo soy grande.

*Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,  
ó sepa, si obra mal, que al fin se paga.*  
No murió el cazador y sí el mosquito,  
y el lector pensará que sin delito...  
No, pues al cazador, con furia impía,  
le chupaba la sangre noche y día.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



## LAS BONDADAS DE NINI

XLVI

Puse los dulces encima de una silla muy colocaditos en un plato para llevárselos á mi mamá á que los probase y envolviera unos pocos para llevarlos al colegio. En esto entró *Morabito*, un gatito negro, y fué y se puso así... de patas para lamer los dulces...

—¡Hola, *Morabito*, no seas goloso!—le dije.—¡Te he dicho que no seas goloso, que te castigaré!—repetí, porque veía que no se bajaba de la silla.—¡Que te pego, *Morabito*!—grité.

Y al ver que no me hacía caso, pensé: ¿Qué haré con este gato goloso para que no se coma los dulces mientras yo me lavo las manos? ¡Ah, sí! ¡ya lo sé! Cogí una cinta fuerte, fuerte, y se la até al pescuezo á *Morabito*, y así atado le colgué de un clavo. ¡Vaya! ¡ya me puedo lavar las manos tranquilamente! ¡Ajajá! ¡Ave María, pues no patalea poco *Morabito*!

—¡Pero Niní! ¿Qué has hecho?—exclamó mamá que entraba en aquel momento.—¿No ves que *Morabito* va á morir ahorcado?

—¡Ah! ¿Pero se moriría por estar colgado ahí? ¡Vaya una tontería, morirse por tan poca cosa!

Mamá desató al morrongo, que apretó á correr como un desesperado.

—Eres una calamidad, Niní—continuó mamá.—Cualquier día vas á matar á alguien ó á matarte tú con tanta atrocidad como se te ocurre.

—¡Quia, mamá! Yo no soy tan tonta como *Morabito* que se iba á morir total porque le he colgado para que se esté quieto.

—Eres una aturdida—dijo mamá—y nos vas á dar muchos disgustos.

—¡Bueno! ¡Bueno! No gruñas, mamá. Más vale que en vez de

reñirme enviases á buscar á Piluca, y que ella y tú probéis estos magníficos dulces que he hecho...

—Cuáles son los dulces, estas pelotillas tan feas?—preguntó mamá.

—Oye, mamita, no insultes á mis dulces, porque me voy á enfadar muchísimo. Que venga Piluca y veréis cómo os relameré de gusto...

—¡Mira, lo que es yo no me *relameré*, porque eso es muy feo!

—¿A que sí?, y luego llevaré los dulces que queden á la madre Rosario, y á Luz, y á otras niñas.

—Conque pasó mucho rato y al fin llegó Piluca; yo corrí á darla un beso.

—¡Hola, hola, Piluca! Ya no me das envidia; ya guiso mejor que tú; ¡si esc es la mar de fácil! ¿Y por eso te dan tanto *bombo*? ¡Yo sí que sé hacer cosas magníficas! Vas á merendar los dulces que yo he hecho.

—¿Cuales son los dulces, estas pelotillas?—preguntó Piluca.

—¿Tú también dices pelotillas? Pues te daré dos puñetazos, ¡ea! ¡Vaya una manera de insultar á lo que yo hago! ¡Pelotillas...! ¡Pelotillas...! ¡Insultona!

Claro, me eché á llorar porque tenía un coraje atroz, y patalé un poquito también; para que aprendiesen á no faltarme! Piluca me cogió en brazos y me dió muchos besos; á mí me dieron ganas de darla un mordisco, la verdad; pero no me atreví, por si luego me castigaban.

—Hagamos las paces, Niní—dijo Piluca.—Perdóname tú y que me perdonen los dulces; otro día me los darás cuando los hagas, ¿eh? No volveré á decir *pelotillas*... Ahora te vas á venir á jugar á casa con mi hermanito Enrique y el *Sultán*, ¿quieres?

—¡Ya lo creo!

Encargué á mamá mucho que no se comiera los dulces nadie, ni *Morabito*...

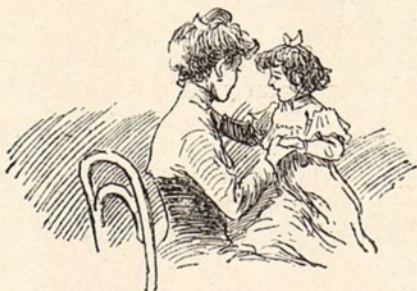
—Me parece que ni él los querrá.

—Pues ya ves cómo los quería, mamá.

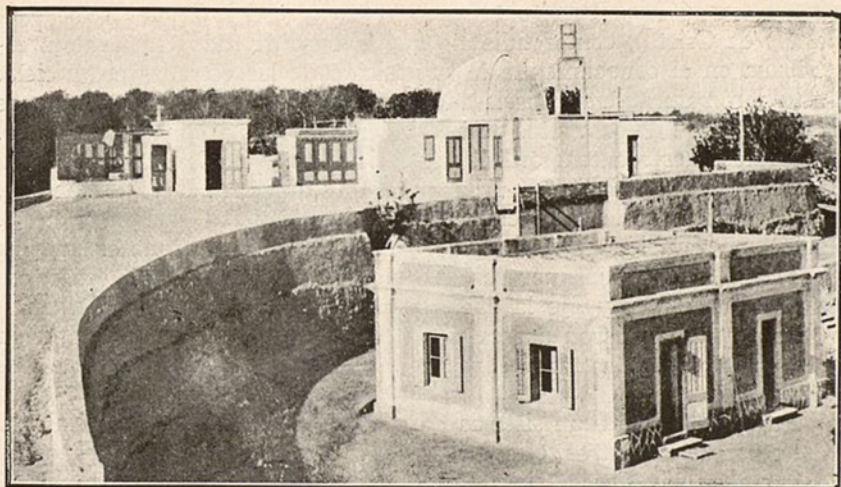
El caso es que mamá me puso el traje bonito de salir y me despidió, diciendo:

—¡Cuidado, Niní, cuidado, que me das miedo! ¡No hagas atrocidades! Yo cuidaré de los dulces, pero cuida tú de no hacer ninguna de tus *bondades* en casa de Piluca!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



OBSERVATORIO DEL EBRO. TORTOSA

## LA ASTRONOMIA

Conforme queda indicado ya, los principios de la astronomía, tanto en el pueblo griego como en todos los demás de la antigüedad, lo constituyen las observaciones elementales acerca de la marcha del sol, de la luna y de los planetas principales, y más tarde las hipótesis que se fueron estableciendo respecto á la probable forma y naturaleza de la tierra y de los astros, así como también sobre las causas de los principales fenómenos que veían. Pero para ser justos hay que reconocer que Grecia se ocupó mucho del estudio de esta ciencia, y que lo que sus sabios descubrieron fué la base sobre la que se asentaron muchas teorías desarrolladas posteriormente.

Salas de Mileto, seiscientos cuarenta años antes de nuestra era, fundó la escuela jónica, y en ella enseñó que la tierra era esférica, explicando las verdaderas causas de los eclipses del sol y de la luna. De esta escuela salió tiempo después Pitágoras, que inventó todo un sistema planetario, en el que, entre otras cosas, se establecía que la tierra se movía alrededor de un círculo, en medio del cual estaba el *fuego central* y giraba al propio tiempo sobre su eje.

Platón y su discípulo Eudoxio de Cindo trataron por diversos medios de explicar los movimientos de los astros, y el segundo propuso una nueva distribución del tiempo, dividiéndolo en períodos de ocho años, cada uno de los cuales tenía trescientos sesenta y cinco y cuarto.

Pero donde realmente nació la astronomía con el carácter de ciencia propiamente dicho fué en la escuela de Alejandría, y sus primeros observadores, Aristilo y Timocarie (que vivieron trescientos años

antes de Cristo), comprendiendo que la base de todo este estudio estribaba en el conocimiento de la posición de las estrellas en el cielo, estuvieron durante veintiséis años haciendo minuciosas observaciones que sirvieron de base á los descubrimientos de Hiparco y de Ptolomeo.

Eratóstenes, contemporáneo de Aristilo, calculó la longitud de la circunferencia terrestre con bastante aproximación. Otro astrónomo, Aristarco, midió la distancia que hay entre la tierra, la luna y el sol, así como también el diámetro de éste. Hiparco, descontento de las observaciones hechas por los astrónomos anteriores á él, quiso comenzar de nuevo y fijó la duración del año, publicando las primeras tablas que se hicieron acerca de la marcha del sol. Estudió también los principales planetas é hizo un catálogo de las estrellas más importantes.

Ptolomeo inventó un sistema para tratar de explicar el movimiento del sol y de los astros, que fué por el que se rigieron los astrónomos durante varios siglos, sin que sus continuadores en la escuela de Alejandría hicieran otra cosa que comentar sus obras, descuidando casi por completo la observación de los fenómenos celestes, fuente verdadera del estudio de la astronomía.

Las invasiones de los bárbaros hicieron que se perdieran todos estos estudios y el fruto de tantos siglos de observación del cielo, hasta que vencedor Al-Monnin del emperador Miguel III le impuso como una de las condiciones para conseguir la paz que le diera en tributo los mejores libros que poseyera en sus bibliotecas, siendo uno de los que así adquirió el *Almagesta*, de Ptolomeo, y este hecho fué el origen del grande interés que los árabes demostraron por el estudio de la astronomía, cuyos conocimientos difundieron más tarde por Europa al conquistar España, como lo demuestra el que D. Alfonso de Galio protegiera muy especialmente el estudio de esa ciencia, á la que él mismo se dedicó con entusiasmo, formándose bajo su protección y á sus expensas las famosas tablas astronómicas llamadas *alfonsinas*.

Vinieron después los estudios de Copérnico, el más famoso astrónomo de la Edad Media, que logró explicar los fenómenos celestes mediante el movimiento de rotación de la tierra sobre sí misma mientras gira alrededor del sol, publicando su teoría en un libro titulado *Revoluciones de los cuerpos celestes*.

Después vino Keplero, que, al propio tiempo que Galileo, descubría las leyes de la gravedad observando la caída de los cuerpos, el movimiento del péndulo y, ayudado del telescopio (que se había inventado entonces), estudió las desigualdades que hay en la superficie de la luna, las manchas del sol, etc., etc., estableció las verdaderas leyes á que obedece el movimiento de los planetas.

Más tarde Newton completó la teoría, donde nació la astronomía física tal como se conoce hoy.

IGNAN ANTON.

## CAFE RATONPURO



Don Simplicio leyó en *A B C*  
el anuncio de un nuevo café.



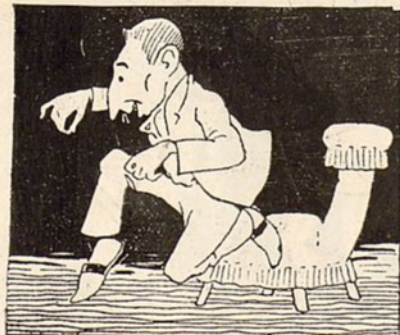
Y mandó á su criado Manuel  
que baiase en seguida por él.



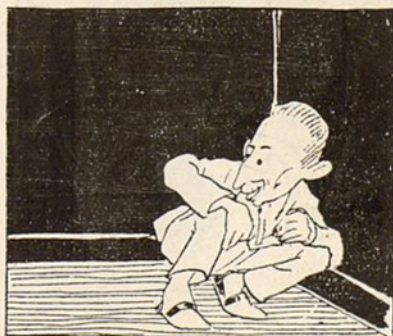
Pronto pudo tomarse un tazón  
de la tan renombrada infusión.



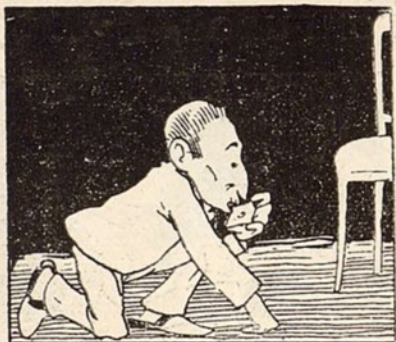
Y en la marca pensando, aprensivo,  
se quedó como un tronco dormido.



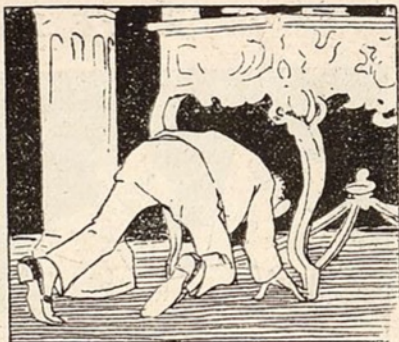
De repente saltó de la silla,  
más ligero y mejor que una ardilla



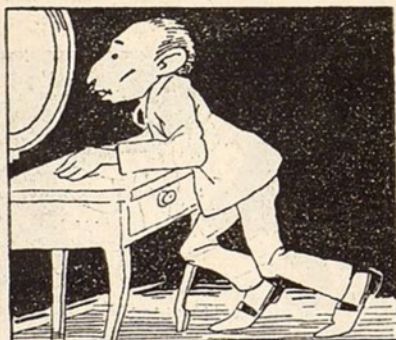
Y agachado sobre los talones,  
recorrió más de cuatro rincones.



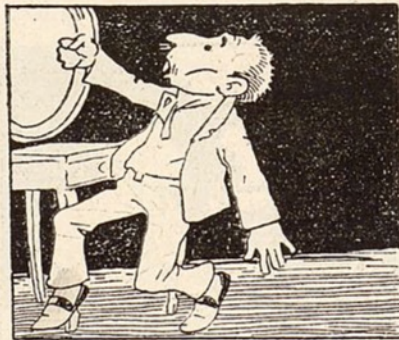
Cada vez más locuaz y travieso,  
dió en roer un pedazo de queso.



Y después, agachando 'a chola,  
deslizóse bajo una consola.



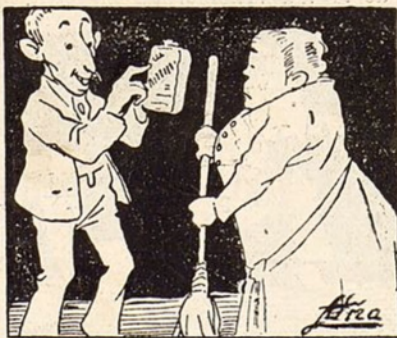
Mas de pronto quedóse perplejo  
y miróse escamado al espejo.



Vióse el gesto de rata clavado  
y chilló como un desafortado.



Con cariño llegó su costill:  
y libróle de tal pesadilla.



—Esto ha sido—decía jocoso,  
y mostraba el paquete famoso.